



Meditatio

SERIE DE CHARLAS 2014 D · OCT-DEC

JOHN MAIN OSB

Despertar

2

La oración es un proceso de autotranscendencia. En este sentido más profundo de autotranscendencia, la oración es un proceso inimaginablemente enriquecedor; empezamos a entender lo que San Pablo quiso decir cuando dijo: «Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mi».

CONTENIDO

1	Autotrascendencia	3
2	La Iglesia en el Mundo de Hoy	5
3	La Oración y la Comunidad	9
4	Dejar que el Otro Sea	13

Nuestro poder, nuestra efectividad en proclamar el evangelio de Jesús y la realidad de Jesús al mundo existe en proporción directa a nuestra abnegación, a nuestra capacidad de quitar el reflector de la conciencia de nosotros mismos y ponerlo en el Señor Jesús.

Autotrascendencia

Esta es una lectura del Evangelio de Marcos:

Entonces Jesús, llamando a la multitud, junto con sus discípulos, les dijo: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará. ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su vida? Mc 8:34-36.

Lo fundamental en nuestras vidas es que aprendamos realmente a estar con Jesús y que sepamos que Jesús está con nosotros; y todo lo demás en nuestra vida debe tomar un lugar secundario a esta búsqueda primaria, a esta peregrinación primaria. La clave para lo que estamos llamados a hacer, y la clave de la grandeza de cada uno de nosotros, la plena realización de nuestra propia potencialidad es dejar el yo atrás.

La iglesia, al igual que Jesús, existe para los demás, y su poder y eficacia están en proporción directa a su abnegación, a su autotrascendencia. Y nosotros somos la iglesia, así que nuestro poder, nuestra efectividad en proclamar el evangelio de Jesús y la realidad de Jesús al mundo existe en proporción directa a nuestra abnegación, a nuestra capacidad de quitar el reflector de la conciencia y ponerlo en el Señor Jesús, que para el mundo es una locura absoluta. Para el mundo es lo que Pablo llamó «locura de la cruz». Es sólo en este estado espiritual de ser, este estado espiritual que es un estado de estar centrado en el otro, que la iglesia misma puede creer lo que se propone proclamar. Si queremos hablar sobre Jesús, y debemos hablar con voces de autoridad sobre el evangelio de Jesús, para comunicarlo a él y a su evangelio, entonces tenemos que estar centrados en otros, centrados en el prójimo, centrados en Jesús, centrados en Dios.

Sólo entonces estaremos en un estado de experimentar genuinamente, en el centro de nuestro propio ser, la dinámica amorosa de la Buena Nueva. Y esta es la Buena Nueva: Jesús nos ha liberado; poseemos la libertad de los hijos de Dios, libres para amarlo con todo el poder de nuestro ser y comunicar su amor al mundo entero.

Creo que esto es profundamente importante porque lo que tenemos que proclamar al mundo no es una experiencia pasada, ni siquiera algo tan maravilloso como la experiencia pasada de Jesús mismo muriendo en la cruz, redimiéndonos. No estamos proclamando una experiencia pasada; estamos proclamando una realidad presente. Y esa realidad presente es la realidad del Señor Jesús glorificado presente en mi corazón. Esa es la Buena Nueva: El Señor Jesús vive, y vive en mi corazón en su modo de ser resucitado y glorioso.

La iglesia sólo puede proclamar lo que es en el estado de vivencia. O para decirlo un poco diferente, la iglesia sólo puede proclamar lo que es. Somos la iglesia, y nuestra responsabilidad y nuestra oportunidad y nuestra vocación es proclamar ese poder del Señor Jesús como una realidad viva. Pero sólo podemos hablar de lo que sabemos; sólo podemos ser lo que somos. Y el estado de ser al que nos convoca Jesús es el estado de estar centrado en el otro, que es por supuesto el estado de oración.

Debemos tener muy claro que nosotros, como individuos y como comunidades, debemos aceptar nuestro propio nivel de responsabilidad. Y si nuestra congregación va a ser anunciadora eficaz de la palabra de Dios en el mundo de hoy, será tan sólo en la medida en que cada uno de nosotros ponga al Señor Jesús en primer lugar en nuestras propias vidas. En otras palabras, si vamos a proclamar el Evangelio, entonces el Evangelio debe llamarnos al encuentro y la comunión con la maravillosa realidad del poder de Dios en el trabajo en la creación: el poder del amor redentor y sacrificial de Jesús y la realidad fundamental de que todo ser está compenetrado con el amor y la realidad del Espíritu Santo.



2

La Iglesia en el Mundo de Hoy

La amenaza para la iglesia es que, en vez de estar dirigida hacia el Señor Jesús y a su poder, estamos constantemente considerándonos a nosotros mismos, el lugar de la iglesia en el mundo de hoy, y así sucesivamente; preocupándonos por nuestra propia imagen, nuestras propias estructuras, nuestra propia organización. Esta es la razón por la cual la iglesia es vista en gran medida por muchos en el mundo de hoy como irrelevante e ineficaz, en un momento en que la conciencia general de todas las sociedades en el mundo nunca ha estado más en sintonía con la necesidad básica del poder estabilizador de la realidades espirituales perdurables. La Iglesia ha vuelto en gran medida muchas barreras hacia sí misma, su propia imagen, su propia personalidad, sus propios problemas, sus propios cambios estructurales.

En mis viajes alrededor del mundo me ha impactado a menudo que la iglesia en el mundo de hoy es como una empresa de energía que intenta encender una ciudad con velas, mientras que es en el medio de la ciudad esta fuente de energía que iluminaría la ciudad entera y el campo entero que la rodea. Y ese poder como ustedes saben es el poder del Señor Jesús en nuestros corazones. Esto es lo que tenemos que entender. Tenemos que encontrar la manera de estar unidos a esta fuente de poder para que podamos ser luz y renovación y alegría para nuestra propia sociedad. Hombres y mujeres en el mundo en todo tipo de sociedades no cristianas vienen cada vez más a darse cuenta de la importancia de una realidad espiritual duradera, y nuestra oportunidad es mostrarles esa realidad en nuestro propio corazón. Y lo que tenemos que hacer, por así decirlo, es encontrar la frecuencia adecuada para enviar una señal a nuestros contemporáneos perdidos para atraerlos a la familia del Señor Jesús. Y esa frecuencia no es otra cosa que la luz del Señor Resucitado en el corazón de cada ser, atrayéndonos a todos a esta percepción consciente.

Debemos profundizar nuestra comprensión de la iglesia porque la iglesia está compuesta por aquellos que conocen esta vida en el centro mismo de su ser, que es el centro de todo ser. Debemos entender que la iglesia es el Señor Jesús

vivo, el Señor Jesús glorificado. El mundo espera de nosotros la confianza y la autoridad, que proclamemos esta realidad desde nuestra propia experiencia. Este conocimiento auténtico es el que nuestros contemporáneos en el mundo están buscando. Y este es el conocimiento que San Pablo estaba constantemente exhortando a la iglesia primitiva a adquirir y a profundizar. Es un conocimiento que es personal.

Permítanme que desarrolle esto un poco más a fondo. San Pablo habla del conocimiento. Y lo que nuestros contemporáneos buscan, me parece, es este conocimiento que da sentido a todo lo que somos; a toda nuestra vida. Aquí es donde debemos ser muy modestos al considerar nuestra propia relación con esta búsqueda. Como San Pablo señaló a los primeros cristianos, debemos emprender seriamente esta búsqueda; algo en lo que debemos ser profundamente serios; no solemnes, sino serios. Y esa seriedad nos preparará a cada uno de nosotros para la disciplina en cuestión. Esta es la necesidad que cada uno de nosotros tiene, que la iglesia tiene, que tiene el mundo. Es una necesidad de disciplina, día a día la fidelidad a la peregrinación. Si vamos a emprender el camino de la oración, entonces debemos ser fieles al encuentro con nuestro Señor. Nuestro descubrimiento de su poder y su amor trabajando en nuestro corazón debe ser lo primordial en nuestra vida.

Viajo bastante hablando con sacerdotes y religiosos. Y dondequiera que vaya encuentro un sincero deseo de oración, un sincero deseo de encontrar el camino de regreso. Pero en todas partes también encuentro que la disciplina involucrada crea una especie de tristeza: «Me gustaría hacerlo, pero ...»

Como ya saben, el Señor Jesús nos pide que lo sigamos libremente. Jesús nos pide que lo sigamos completamente, con todo nuestro corazón. Cualquier hombre puede ser parte de esa vida al dejar el yo atrás. El conocimiento del que habla San Pablo no puede ser adquirido mediante un conocimiento de historia o economía o termodinámica. No hay tal cosa como un curso sobre oración o un curso sobre espiritualidad. En todos los cursos hay acumulaciones a nuestros bancos de memoria, posesiones que ganamos, posesiones que no entran plenamente en el misterio de nuestra propia personalidad.

El conocimiento real del que habla San Pablo es de un tipo totalmente

diferente, de un orden totalmente distinto, porque el conocimiento del que habla es el conocimiento donde el centro de la conciencia, el agente inteligente, no somos nosotros mismos adquiriendo, saboreando, experimentando, observando. El conocimiento del que habla san Pablo no es algo que poseemos sino algo que nos posee. Y aquí está la maravilla del misterio cristiano al que estamos encomendados: que somos absorbidos en el misterio de la Deidad misma. En términos de la teología cristiana, sólo conocemos plenamente porque hemos sido plenamente comprendidos. Aquí también está el poder libertador del evangelio de Jesús. En su amor somos verdaderamente conocidos; somos plenamente tomados en el misterio de Cristo, de la Deidad.

La redentora y extraña característica del mundo más bien maniático en el que vivimos, es que de alguna manera muchos de los jóvenes de hoy, y tal vez también los no tan jóvenes, están siendo llevados al umbral de esta hermosa percepción espiritual: que sólo podemos conocer plenamente cuando somos plenamente conocidos. Sólo podemos ser plenamente conocidos cuando dejamos el yo atrás y permitimos que el otro nos conozca. Es sólo al darnos a conocer que conocemos plenamente, las palabras centrales del mensaje de Jesús: el que va a encontrar su vida deberá perderla.

Hay enormes señales de esperanza en el mundo y en la iglesia de hoy. La iglesia es oceánica. Se eleva e hincha en un lugar y retrocede en otro. Aquellos que han dejado el yo atrás para seguir a Cristo han abandonado la costa y han sido llevados al mar movidos por la marea. El gran movimiento de oración que ha surgido en la iglesia es una de las grandes señales de esperanza. Las casas carismáticas y los grupos contemplativos apuntan de diferentes maneras al mismo fenómeno: una profunda hambre espiritual. Me parece que nosotros como religiosos, tenemos una oportunidad especial y una responsabilidad especial de hacer de nuestras casas unas casas de oración porque somos hombres y mujeres de oración. Y porque somos hombres y mujeres de oración, la atmósfera, la orientación y las prioridades de nuestras casas están arraigadas y fundadas en la realidad del amor y la presencia del Señor Jesús vivo.

Una de las cosas que encontré entre los jóvenes es su veneración por las grandes personalidades religiosas de nuestros días, hombres y mujeres como la Madre Teresa, el Cardenal Suenens, Jean Vanier, personas con verdadero entusiasmo (en theos) con Dios que mora en el centro de su ser transformándolos poderosamente. Y estas grandes personalidades atestiguan el poder central de la convicción cristiana. El poder es éste: una vez que el compromiso interior ha tenido lugar, una vez que la conversión ha tenido lugar, entonces estamos, todos nosotros, encaminados no para la erradicación de nuestra personalidad, sino para el cumplimiento de nuestra personalidad. Y lo que tenemos que mostrar a nuestros contemporáneos es que si sólo tenemos el valor de perder nuestra vida, de hecho la encontramos. Este es el mensaje que tenemos que proclamar, tenemos que comunicar. Una vez más, lo esencial de la predicación de Jesús es que vino a traernos la vida, la vida en toda su plenitud.

La razón por la que les expongo esto es porque la gran tarea para cada uno de nosotros es vernos a nosotros mismos y experimentarnos como la iglesia de la que hablamos; para que cada uno de nosotros se conozca como la presencia del Cristo viviente en nuestro mundo y para responder a él plena, valerosa, generosamente. Pero, tenemos que aprender a ver a la iglesia no como una empresa multinacional o una organización internacional. Tenemos que aprender a verla como el Cuerpo viviente de Cristo. Si vamos a hacer eso, sólo podemos hacerlo si nos descubrimos o re-descubrimos, experimentamos o volvemos a experimentarnos como testigos personales, templos personales del Espíritu Santo. Tenemos que vernos a nosotros mismos como los redimidos y amados de Jesús.



La Oración y la Comunidad

Esta es una lectura de la primera carta de San Juan:

Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios. Como está escrito en el libro del profeta Isaías: Mira, yo envío a mi mensajero delante de ti para prepararte el camino. Una voz grita en el desierto: Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos, así se presentó Juan el Bautista en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. Toda la gente de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él, y se hacían bautizar en las aguas del Jordán, confesando sus pecados. 1 Jn 1:1-5

Quizás la característica más importante de la Regla de San Benito es que la oración y la comunidad son interdependientes. La oración, como he intentado sugerirles, es en esencia aprender a prestar atención al Otro; y aprender a considerar al Otro de manera no egoísta o auto-calculadora, sino simplemente por el bien del Otro, porque en realidad el Otro es infinitamente amable. En la visión de Benito, Dios y nuestro prójimo no son dos entidades que claman por nuestra atención en detrimento de uno u otro. Dios no exige nuestro amor a expensas de nuestro hermano. De hecho, el amor por otros es la profundización de nuestra comunión intrínseca con Dios en lugar de una disolución de ella. «El que habita en amor habita en Dios». (1 Jn 4, 16) De manera similar, el amor que tenemos unos por otros, debidamente entendidos, nos impulsa más profundamente en el misterio del amor mismo. Para amar al Dios que no podemos ver, debemos amar al hermano que podemos ver. Y podemos ver a nuestro hermano como *hermano* precisamente porque estamos convencidos de que Dios es nuestro *Padre*.

Aprender a orar requiere una buena cantidad de desaprendizaje. Puede requerir mucho sufrimiento. Si vamos a profundizar nuestra fe, entonces tenemos que aprender a dejar atrás las oraciones de nuestra vida anterior y entrar en el misterio

de la oración. También hay dolor en el descubrimiento de que la oración no es un acontecimiento egocéntrico, sino que la oración es un proceso autotranscendente, el proceso de pasar al Otro. Descubrimos, por supuesto, que la oración en este sentido más profundo de autotranscendencia es un proceso inimaginablemente enriquecedor, porque a medida que avanzamos en nuestra oración comenzamos a entender que estamos aprendiendo a ver el mundo, a ver toda la realidad y a nosotros mismos, ya no desde nuestro punto de vista limitado, sino desde el punto de vista del Otro. Comenzamos a entender lo que San Pablo quiso decir cuando dijo: «Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gal 2:20). En esta experiencia, el dolor del cambio y el dolor del crecimiento no deben compararse con la gloria que descubriremos dentro de nosotros mismos cuando tengamos el valor de llegar a ser plenamente vivos en Cristo. Recuerda estas palabras de San Ireneo: «La gloria de Dios es el hombre plenamente vivo».

Creo que llega un momento en la vida de cada cristiano cuando tenemos que elegir decididamente entre la oración infantil del pasado, necesariamente egocéntrica, y la oración de Jesús, la oración que está sucediendo dentro de nosotros, llenándonos de la Vida que nos lleva más allá de nosotros mismos, una vida que rompe todas las barreras llenas de miedo que hasta ahora nos han impedido ser plenamente nosotros mismos. Es precisamente porque no somos plenamente nosotros mismos que no somos capaces de llegar a ser plenamente hermanos y hermanas el uno al otro; este es el distanciamiento de nosotros mismos de nuestro vecino: nuestro propio miedo. Y ese es el temor que es expulsado por la experiencia del amor de Cristo activo dentro de nosotros.

A menudo hemos oído decir en el pasado que la oración es un asunto personal en el que cada persona intenta los diversos métodos - como si realmente hubiera varios «métodos» - y luego elige el que más le convenga. La oración es la creciente conciencia de Dios en Jesús, y nuestra oración personal y nuestra oración comunitaria son sólo aspectos diferentes de la misma creciente conciencia de que nosotros, como individuos y como comunidad, somos más vivos con la vida de Cristo. A menos que estemos convencidos de ello, nuestra oración personal puede convertirse en un proceso de autoencapsulación, y la oración comunitaria y la vida comunitaria también pueden convertirse en un proceso de autoencapsulación, donde la comunidad simplemente se aísla del mundo exterior. Y si nuestras comunidades cristianas no proclaman el

evangelio con el tipo de autoridad y entusiasmo que deben, debe ser porque no están orando; su oración no está cumpliendo esta función de hacerlos hombres y mujeres libres; libres para proclamar el evangelio de Jesús. Nuestras comunidades deben ser fraternidades llenas de vida, hermandades llenas de Espíritu y que inspiren a otros al respirar el Espíritu en todos los que entran en contacto con nosotros.

Lo que nunca debemos hacer es conformarnos con las deficiencias inevitables que los sociólogos nos dicen que son el camino inevitable de todos los grupos sociales. No somos cualquier reunión de personas que se reúnen para hacer cualquier trabajo antiguo. Somos los redimidos de Jesucristo, unidos en amor, con los corazones batiendo con la vida del Señor Jesús. Muchas comunidades que se han renovado a sí mismas se han ido, quizá justamente, a sociólogos y psicólogos, pero sus ideas para nosotros son limitadas porque la comunidad cristiana no es sólo un grupo social más. Somos los elegidos, los ungidos, los escogidos de Jesucristo. En otras palabras, debemos entender en toda humildad, y en toda realidad, cuál es la naturaleza de nuestra vida comunitaria y de nuestro compromiso comunitario unos con otros. No nos proponemos alcanzar algún tipo de equilibrio psicológico y sociológico ideal. Nuestra vocación es llegar a ser transformados y transfigurados en Cristo Jesús. Y nunca debemos olvidarlo.

No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto. Rom 12:2

Aquí es donde nuestra oración es central para captar el pleno vigor y la dimensión completa de nuestra vocación cristiana. Nunca debemos olvidar nuestra propia sublime dignidad como elegidos y ungidos de Cristo. Por lo tanto, nuestras comunidades religiosas deben convertirse en lo que estamos llamados a ser, una ferviente asamblea de seres humanos plenamente conscientes, discípulos entregados, hermanos y hermanas que se trascienden a sí mismos, llenos del Espíritu y constantemente orando en nuestros corazones. Esta es la señal que el mundo está buscando. Ellos no están buscando aburridos conglomerados de personas afines, autómatas respetables. El mundo

está buscando comunidades que sean conscientes del ser vivo y amoroso de Jesús en medio de ellas. ¿Cómo proclamar este evangelio? Sólo hay un camino y ese es el camino de la oración.

Este es un descubrimiento que debemos hacer, cada uno de nosotros – un verdadero descubrimiento de la oración del Espíritu dentro de nuestros corazones. Y debemos descubrir lo que nuestras mentes no remodeladas guardan encubiertas porque este descubrimiento de la oración del Espíritu de Jesús dentro de nosotros nos enseña que podemos trascender todas nuestras propias limitaciones. Por supuesto somos seres humanos limitados, pero en Jesús esas limitaciones son simplemente barridas a un lado. Y si podemos descubrirnos a nosotros mismos como los ungidos, como los templos elegidos del Espíritu Santo, aprenderemos a reverenciarnos a nosotros mismos. De nuevo esto es lo que necesitamos: no subestimarnos, no rebajar nuestra vocación, sino mirar esa vocación con reverencia. Y al aprender a reverenciarnos a nosotros mismos, aprendemos a reverenciar otros, a amarnos a nosotros mismos y amar a los demás, amar a todos los hombres y todas las mujeres. Y para proclamar este evangelio en todo el mundo; proclamar a las personas que son los templos sagrados y ungidos del Señor.



Dejar que el Otro Sea

Sugerí que en nuestra oración dejemos que Dios sea; que lo adoramos como Él es, absolutamente santo, absolutamente loable, absolutamente compasivo, absolutamente misericordioso; y que no tratemos de manipularlo. En nuestra oración nos inclinamos en adoración. No desplazamos a Dios con nuestras palabras inteligentes o fórmulas vacías. Aprendemos a adorar desde la profundidad de nuestro espíritu en silencio y reverencia. Y en nuestra oración también aprendemos a dejar que nuestro prójimo sea. Aprendemos a no tratar de manipular a nuestro prójimo, sino a reverenciarlo y amarlo así como nosotros reverenciamos y amamos al Señor nuestro Dios. Debido a esto, la oración es una buena escuela de comunidad. En y por medio de nuestra devoción común a la oración, encontramos la verdadera gloria de la comunidad cristiana como una asamblea de escogidos, hermanos y hermanas ungidos que viven unos con otros en profundo y amoroso respeto.

La comunidad cristiana es, en esencia, la experiencia de las personas que viven con aquellos que están sensiblemente sintonizados el uno al otro en la longitud de onda del mismo Espíritu que ha llamado a cada uno de nosotros a plenitud de vida. En otros, reconozco el mismo Espíritu que vive en mi propio corazón, el Espíritu que constituye mi ser real. En este reconocimiento de la otra persona —el reconocimiento que rehace nuestras mentes— la otra persona surge como realmente es; el ser real del otro emerge, y no alguna extensión del otro manipulada por mi mente. En otras palabras, cuando reconocemos al Espíritu en el otro, el otro se mueve y actúa a partir de su propia realidad integral, ya no como una criatura de mi propia construcción. Y aun cuando nuestras ideas o nuestros principios chocan, se mantienen en una unidad real por el reconocimiento mutuo de la realidad esencial en el otro. De hecho, la dinámica de apoyo mutuo y sufrimiento del cuerpo místico de Cristo tiene precisamente este objetivo: que nos ayudemos unos a otros a realizar nuestro propio ser esencial.

La verdadera comunidad consiste en el proceso por el cual cada uno atrae al otro a la luz del ser verdadero, apoyándose unos a otros en el logro de nuestra

vocación de convertirnos en las personas a las que estamos llamados a ser. En este proceso, compartimos una experiencia de profundización de la calidad realmente gozosa de la vida y de vivir, a medida que descubrimos más y más de la plenitud de la vida en esta fe amorosa que compartimos con nuestros hermanos y hermanas. El requisito previo a este proceso es un reconocimiento mutuo de nuestra propia importancia y de la infinita importancia, el valor infinito de cada uno. Y esta importancia y valor infinito que poseemos, lo poseemos porque poseemos el Espíritu de Dios que mora en nosotros. Reconocemos éstas como realidades presentes, y nuestra capacidad de experimentar y responder a la realidad del otro depende directamente de nuestra capacidad para dejar que el otro sea.

Hay algo en todos nosotros que quiere controlar al otro, disipar el poder que atrapamos en el otro y protegernos del poder transformador de esa sujeción. Lo que intentamos es neutralizar la alteridad imponiéndole nuestra propia identidad. Así que siempre estamos haciendo que la gente se ajuste a lo que pensamos que debemos ser y tratar de hacer que otros sean como nosotros.

El gran pecado de la idolatría es tratar de crear nuestro propio Dios a nuestra propia imagen y semejanza. Es este miedo profundo del otro, particularmente la incomprendible alteridad de Dios, lo que subyace tanto a nuestra timidez como a las verdades religiosas. Así que tratamos de controlar a Dios con nuestras oraciones y fórmulas en lugar de encontrarnos con Dios en su impresionante diferencia de nosotros mismos; y construimos este modelo de juguete de Dios en nuestra propia imagen psíquica y emocional. Al hacer esto, nos rebajamos y nos perdemos, entregándonos a nosotros mismos y la gloria de nuestra humanidad por la semejanza de un becerro de oro. Pero la verdad es mucho más maravillosa. Dios no es un reflejo de nuestra propia conciencia estrecha, pero nosotros mismos con nuestro propio potencial infinito para ser realizado, somos el reflejo, la imagen y la semejanza del Dios que adoramos. El llamado del Nuevo Testamento, el llamado de Jesús, es al culto de este Dios trascendente que es totalmente Otro de nosotros mismos, el Dios que es vida. Es el temor a la alteridad lo que nos hace entrar en el tipo de conversaciones acogedoras con Dios, sólo para hacerle como un hombre más conveniente para llorar.

El cristianismo es una respuesta llena de esperanza, una respuesta del corazón humano donde el corazón humano se experimenta como no redimido, como no amado. Y la plenitud de la respuesta cristiana no es un proceso de auto-

tortura o auto-interrogación o auto-análisis. La plenitud de la respuesta cristiana se cumple en la persona de Jesucristo, Jesucristo nuestro redentor, el que nos salva y el que vive, el Cristo resucitado, liberándonos de nuestra propia estrechez, de nuestro propio vacío. Es en la persona de Cristo que encontramos en nuestros propios corazones la esperanza última: la persona divina del Señor Jesús Resucitado. En nuestra meditación, mientras aprendemos a decir el mantra con mayor y mayor fidelidad, vamos más allá de nosotros mismos y entramos en esta persona, la persona del Señor Jesús. Así que, como individuos y como comunidades, nuestra vocación es trascender las limitaciones de nuestros seres divididos y temerosos, y abrirnos a la realidad transformadora y que transfigura en la que tenemos nuestro verdadero ser, es decir, el amor redentor del Señor Jesús Resucitado.



Si sólo tenemos el coraje de perder nuestra vida, de hecho la encontramos. Lo fundamental de la prédica de Jesús es que vino a traernos vida, vida en toda su plenitud. La gran tarea para cada uno de nosotros es conocernos a nosotros mismos como la presencia del Cristo viviente en nuestro mundo, y responder a él plena, valerosa, generosamente.

© The World Community for Christian Meditation, 2014

Traducido por Elba Rodríguez, 2017

Revisado por Marina Müller



COMUNIDAD MUNDIAL PARA LA MEDITACIÓN CRISTIANA

www.meditacioncristiana.net

www.wccm.org